



# RESEÑAS



Igor Goicovic Donoso

*Movimiento de Izquierda Revolucionaria*

Colección América, Ediciones Escaparate, Santiago de Chile, julio de 2012, ISBN 978-956-9065-12-5.

Es esa clase de libros que toma prudente distancia de la neutralidad académica y la gentileza política. Uno lo sabe desde la página primera. No por averiguación: el propio escritor se hace cargo de anunciarlo en su brevísimo prefacio. Ha perpetrado, confiesa con comedida rectitud, una obra *para el combate* (p. 9). El lector advertido sabrá a qué atenerse. La reacción de aquellos que aun abominando de la escritura comprometida se arriesguen a leerlo, no será probablemente diferente a la que tendrían escuchando una pieza de Paul Robertson o fatigando una novela de Eugène Sue (si es que alguien todavía lee a Sue). Solo que ellos no avisaban y Goicovic sí.

Corresponde puntualizar que este ensayo –breviario en realidad– tiene un propósito contingente. A su autor le gustaría (lo declara) que animase las batallas por venir y no la melancólica evocación de un ayer inerte. Con todo, pese a lo que pudiera esperarse después de un preámbulo así de declarativo, no es éste un libro pasional. Tiene pasión, que es distinto. Pero se cuida mucho de caer en la trampa para osos de la hagiografía solemne. Es cierto que mediante una prosa transparente –ocasionalmente desgarrada– busca impregnar al lector de aquello que llama la *épica* mirista. Sin embargo, tampoco se reserva crítica hacia algunos de sus desaciertos y extravíos. Igor Goicovic tiene bien asimilado que el MIR *ha sido*. No cede, por tanto, a la pretensión de *revivir un relictos que ha cumplido su ciclo histórico* (p. 10). Menos todavía, a la tentación de llenar con un espectro el lugar vacío que ha dejado en Chile la ausencia de una organización revolucionaria dotada de objetivo de poder, instrumento partidario y proyecto estratégico, de lo cual se conduele. No hay en él interés alguno por fundar una mitografía política. El producto final es una sinopsis claramente diacrónica, bien articulada, revestida de elogiabile poder de síntesis y una maciza coherencia (y honestidad) de ideas, sin perjuicio de algún desnivel en el tratamiento y de omisiones muy discutibles.

La habilidad de Goicovic para recapitular sumariamente se advierte ya en el hecho de que en 12 páginas es capaz de compendiar los orígenes del Movimiento, su primera clandestinidad y las vicisitudes íntimas de una organización lastrada por la heterogénea composición de su militancia (trotskistas, guevarianos, cristianos, anarco-sindicalistas y hasta estalinistas desengañados de Kruschev). Es notorio que *falta*, que algo ha debido quedar fuera. No obstante, tiene uno la rara impresión de que todo está *dentro*. Sortilegios de una escritura.

El capítulo llave (IV), se sumerge en el “ciclo álgido de la lucha de clases” chilena (1970-73) que subrayó las diferencias insuperables de la izquierda revolucionaria (IR) respecto de la política de masas de la UP, atada, sentenciaba el MIR, a la conducción de un reformismo de doble signo (el obrero y el “otro”, propio de la pequeña burguesía progresista). Ese reformismo binario, pero supeditado al *timing* impuesto por su componente pequeño-burguesa, era irreconciliable con el proyecto estratégico de la IR (ultraizquierda, al decir de los comunistas nativos), cuyo norte apuntaba a la conformación de una fuerza social revolucionaria (FSR) capaz de instituir un escenario político distinto al establecido. Inclusive *otra legalidad*. En esa palestra virgen, profetizaba, tendría lugar, más temprano que tarde, la resolución del conflicto entre proletariado y burguesía. Antes, empero, se imponía

necesariamente el paso a la situación de doble poder (pp. 32-33). Hoy, después del hollín y el estrépito de la batalla perdida, sabemos que ese teorema nunca cristalizó en el tipo maduro de poder dual rememorado en las *Tesis de Abril* de Lenin. Uno tiene el soberano derecho a preguntarse, en todo caso, si esta empresa faraónica no era demasiado para el MIR. Se trataba, en esencia, de arrebatarse la conducción del proceso al prestigioso “reformismo obrero” y completar la arquitectura del *poder popular*, dotándolo de un genuino sentido revolucionario a través de una FSR hegemónica (p. 33). Parece una tarea que sobrepasaba infinitamente la condición cuantitativa (base socio-demográfica), estructural (partido de cuadros) e influjo (real) del MIR de entonces. N. Gutiérrez hizo el trasunto de ese proyecto maximalista a menos de treinta días de la insurrección llamada a sepultarlo. Esa nueva potestad es el poder popular, *poder proletario* colocado fuera del radio de la democracia burguesa. Su itinerario “genera la dualidad de poder primero, la crisis del Estado burgués después y el triunfo de la revolución proletaria” [al final] (p. 34). Pero, eso solo sería factible a través de “crisis y rupturas” (id.). La crisis y la ruptura irreversible provinieron, sin embargo, del lado de la contrarrevolución y no de la izquierda. Apartando las versiones desfiguradas por el fanatismo sectario, v. gr. la de Maurice Najman, el balance académico (Faúndez, Cancino, Valenzuela, Winn y tantos otros) ha sido lapidario en relación con la consistencia, alcance y sentido de la realidad de los “semilleros” del poder popular preconizados por el Movimiento. Esta crítica vitriólica se ha volcado particularmente sobre los comandos comunales, de los cuales el MIR fue el “padre ideológico” legítimo (S. Leiva); fórmula pretendidamente “superior” –en organicidad– a la de los “cordones industriales”, colocados bajo firme hegemonía del Partido Socialista. Si Cancino pone en tela de juicio su cohesión, capacidad de movilización efectiva y representatividad, Gaudichaud, quien hizo profunda exploración en la memoria oral sobre el periodo, vapulea *la mistificación de los Comandos*, iniciada cuando el MIR y otros dirigentes de izquierda tomaron su postura política olvidándose de la realidad. Lo desconcertante, sugiere, es su continuidad. Treinta años después, esa mistificación se expresa en un discurso militante que hace del Movimiento la vanguardia y representación por excelencia del poder popular durante la Unidad Popular, sin hacerse cargo de su *muy débil inserción en el seno de la clase obrera* e ineficacia para disputarle la conducción del proletariado organizado a las fuerzas de gobierno<sup>1</sup>. Más de alguien podría decir que esto es confundir el poder popular con sus instrumentos (comandos y asambleas del pueblo). Pero, si hubiera que juzgar al primero a partir de la mies conseguida, lo más certero es valerse del veredicto autorizado proferido por uno de los secretarios generales del MIR (H. Aguiló), otrora jefe nacional de su rama laboral más prominente, el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR). Llegado el momento de poner a prueba su densidad, concluye Aguiló, *quedó al descubierto que el poder popular no era más que una idea en nuestras cabezas y no una realidad; impotente para organizar la resistencia y siquiera proteger a la militancia revolucionaria*<sup>2</sup>.

Así y todo, la enorme inversión en energía y tiempo que acarrió al partido la empresa de construir poder desde y en el seno de la colectividad, con independencia de

<sup>1</sup> Franck Gaudichaud, *Poder popular y cordones industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano*, 1970-1973, Santiago, LOM, 2004, 42 y 62.

<sup>2</sup> Hernán Aguiló, “Balance autocrítico de mi militancia revolucionaria”, *Punto Final*, 29.08/11.09.2003.

sus resultados, desmiente categóricamente el carácter *foquista* que se le suele atribuir. Desde la izquierda establecida –Joan Garcés– y desde sus antípodas –Gonzalo Vial– se ha resuelto expeditivamente la identidad ideológica del MIR, afiliándolo a las orgánicas de signo “guevarista”. Se entiende que con ello se le sitúa de lleno entre quienes hicieron de la *teoría del foco* una suerte de culto al sol. Es cierto que en los inicios algo hubo de eso. *Olía a foquismo*, asevera Luis Vitale, remembrando algunos brotes prematuros que contempló entre 1965 y 1967, sobre todo en Luciano Cruz<sup>3</sup>. Empero, no se transigió más allá. En realidad, si lo pensamos históricamente, el MIR se apartó, salvo episodios aislados (v.gr. Neltume y Nahuelbuta) de la tentación *guevarista*. Si por tal entendemos lo que, al decir de Hobsbawm, es su presentación más *elegante* –el Debray de *Revolución en la revolución*: una guerrilla rural itinerante sin bases ni mucho trato con las aldeas campesinas (y *ninguno* con el proletariado de las urbes). El MIR peruano de Luis de la Puente Uceda tuvo esa impronta; el MIR chileno, no. Cuando la victoria de Allende, en vez de irse a luchar en las montañas optó por laborar en el “plexo del pueblo”. Su obstinación en acumular fuerza social propia lo llevó, desentendiéndose más de la cuenta de las tareas militares, a entregarse a un laborioso trabajo de construcción de “frentes” de masas, lo que consideró una participación larga y ruidosa en la vía sindical “clásica” [CUT]). Sabemos que no consiguió lo suficiente; mas su sincera tentativa de operar dentro de las capas populares tradicionales (clase obrera) y en las más relegadas (mapuches, pobladores, *afuerinos* y otros sectores marginados) es por definición contraria a la opción socialmente aislacionista de las estructuras foquistas, muy inclinadas a dar por hecho la existencia apropiada de condiciones subjetivas para iniciar la revolución sin haber trabajado jamás en su producción. El sacrificio de Ernesto Guevara y el ELN en Ñancahuazú es el emblema totémico de esta estrategia insular. Es sensato, pues, si se quiere entenderlo, internarse en la historia fundacional del MIR, particularmente en la trayectoria de órganos veteranos como el MUI (Movimiento Universitario de Izquierda), tan presente en su primera época. En esas instancias, el “trabajo de fábrica” política y sociológica, sin duda lento y agobiante, contuvo el lírico ademán de “coger un fusil y echarse al monte”<sup>4</sup>. Más tarde, la misión de crear FSR y poder alterno en el seno del pueblo los arrastró a todos. El ideal de la guerrilla rural cedió, sin desaparecer, ante la alta posibilidad de que el escenario primario de la inminente lucha armada estuviese en la urbe, espacio latente de la insurrección obrera. Goicovic toca todos los resortes –poder popular, comandos comunales, asambleas del pueblo– sin entregar una evaluación final sobre la profundidad de tales formas autonómicas. Se ocupa en cambio de establecer que doblegado el fallido cuartelazo de los tanquistas del coronel Souper (29 de junio de 1973) afloró una doble discapacidad en el ámbito de “las dos izquierdas”. La reformista, para desatar una fulminante contraofensiva revolucionaria en el país, y la del propio MIR para acelerar el “rearme del campo popular”. Al fin, consumado el *golpe verdadero* (11 de septiembre) la respuesta de las masas desconcertadas y del propio partido “no fue la esperada” (p. 38). ¿Por qué? El texto extrañamente no se pronuncia, y no hay justificación para una omisión de esta magnitud. Sobre las razones de esa gran derrota se han avanzado

<sup>3</sup> *Memorándum de conversación con Luis Vitale*, “Aspectos de la historia del Mir”, 17.04. 2001, f.3 y 5.

<sup>4</sup> Entrevistas por separado con Nelson Gutiérrez, Santiago, 30.09.1994 y Martín Hernández, Santiago, 03.10.1993.

desde la militancia y la academia, diversidad de análisis. Hemos visto la honesta confesión de Aguiló acerca de la gravitación que tuvo en la debacle la sobrevaloración acrítica del poder popular “propio” en el imaginario del partido. Sergio Grez, desde su experiencia no de historiador sino de sobreviviente de la izquierda revolucionaria y *compañero de ruta* del MIR durante el periodo, barrunta que “en su frenética carrera, tanto esta organización como el conjunto de la izquierda revolucionaria no alcanzaron la influencia y la madurez requerida para revertir la situación que se transformaba aceleradamente de crisis prerrevolucionaria en contrarrevolución desembozada”. Como si no fuera bastante, al retraso se sumó el engreimiento. De esta suerte, “errores de apreciación –como la subvaloración del poderío del enemigo y la sobrevaloración de la fuerza propia– se saldaron en el exterminio físico y en la derrota política y militar del proyecto revolucionario”<sup>5</sup>. Verónica Valdivia, desde la historiografía política regresa, con entera justificación, a otra causa de fondo, tal vez la más decisiva, pero que se distingue con mayor nitidez cuando sobrevino la clandestinidad y la lucha con la dictadura. Quedó patente allí “el débil desarrollo de masas que tenía el MIR en los tempranos setenta”. Si bien consiguió aglutinar entonces algunos miles de militantes “su poderío fue magnificado por la propaganda de los medios de comunicación derechistas” y, en el mundo que cuenta, el real, detentó escasos nichos sociales de implantación –una excepción fueron los pobladores– siendo aniquilado por la topadora represiva en “sus pocos centros de inserción”, aislado y desconectado de los frentes masivos. Tal “debilidad es la que en parte explica la limitada respuesta al momento del golpe”<sup>6</sup>.

Hay otras variantes envueltas. Entre ellas, la concepción militar defendida por la cabeza del partido, ostensible en el *Discurso del secretario general del MIR, Miguel Enríquez Espinoza, en el teatro Caupolicán, el 17 de julio de 1973*, introducido acertadamente por Goicovic como apéndice al libro (112-14). En esta pieza oratoria, Enríquez anticipaba la inminencia del *puch* y la definición militar del conflicto con la burguesía. Sin embargo, arriesgó un juicio temerario. La correlación de fuerzas vigente a julio, afirmó, no favorecía una empresa golpista de la *clase patronal*, asumiendo a priori –al igual que el PC, Allende y las restantes formaciones de la UP– que “parte importante de los mandos son antigolpistas”. Lo mismo valía para el grueso de la oficialidad y de los suboficiales. Lo insólito del argumento no está únicamente en el error de diagnóstico –dar por garantizada la lealtad genérica del alto mando– sino en el alcance del argumento. Al final, el MIR hacía depender la política encaminada a derrotar el golpe de Estado de la eficacia alcanzada por las alianzas castrenses forjadas por el denostado *reformismo* durante casi tres años de ejercicio del ejecutivo (Allende, el gobierno, sus equipos y la UP). El MIR, ariete de la revolución, pendía ahora de la política militar administrada por el *reformismo* y del riesgoso aparato de fuerza del Estado burgués. Esa quimera terminó disipada no bien los generales y almirantes insurgentes desplazaron, un mes después, al general Prats y los dos o tres generales leales que le quedaban al Presidente en el alto mando del ejército. Ejecutado ese enroque,

<sup>5</sup> Sergio Grez, “El Mir chileno: balance esencial a cuarenta años de la caída en combate de Miguel Enríquez”, *Rebelión.org*, 18.10.2014, 2 y 3; publicado originalmente en *Carcaj*. La última afirmación es válida en Grez para la fase que va desde el 11 de septiembre de 1973 en adelante.

<sup>6</sup> Verónica Valdivia, “Izquierdas y derechas en los años setenta. La reversión de la historia”, en Varios, *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981)*, Santiago, LOM, 2006, 210.

cualquier partido situado a la izquierda, y el MIR no era excepción, que hubiera contado con ese tipo de garantía, quedaba desprotegido y a merced de una ingente maquinaria de muerte —*máquina* profesional— bajo entero señorío de los generales y almirantes rebeldes. La disertación del Caupolicán delata, por otra parte, una visible inconsistencia estratégica entre el *tempo* del apresto y el de la contienda frontal en sí. Es decir, entre la variable temporal implicada en la construcción anticipada de una estructura autónoma de autodefensa y aquella que marca el comienzo de la lucha física con el enemigo. Aseverar la inminencia de una confrontación bélica directa con la “reacción” presupone por pura osmosis, atribuir al contrincante arrojado a la maniobra de derrocamiento la posesión de un ejército. En este caso de cuatro, si atendemos a su división en ramas de marina, aire, ejército y carabineros. A este nivel del conflicto agonal, quien pretende resistir un golpe *tiene o no* ejército propio. Lo primero da lugar a una fase de guerra civil; lo otro, a un holocausto. Enríquez, no obstante, esparcía autoconfianza. “Si la contrarrevolución tomara la forma de un golpismo desatado, del emplazamiento militar violento, los revolucionarios y los trabajadores deben de inmediato extender las tomas de fábricas y fundos, multiplicar las tareas de defensa e impulsar el Poder Popular como Gobierno Local autónomo de los poderes del Estado. Los suboficiales, soldados y carabineros deben desobedecer las órdenes de los oficiales golpistas y, en ese caso, todas las formas de lucha se harán legítimas. Entonces, sí que será cierto que los trabajadores con los soldados, marineros, aviadores y carabineros, los suboficiales y oficiales antigolpistas, tendrán el legítimo derecho **a construir su propio ejército**, el Ejército del Pueblo” (pp. 123-24). A confesión de parte relevo de pruebas. La reacción chilena estaba a un tris de lanzar a la arena de combate un ejército fieramente “real” y el campo revolucionario, ninguno. Según la sincera confesión de M. Enríquez, a menos de dos meses del ataque conjunto de las muy tangibles divisiones enemigas, los teóricos regimientos del pueblo aguardaban la declaración de guerra del enemigo para otorgarse el “derecho” a constituirse ¿Es necesario anticipar el desenlace de una disputa entre una fuerza armada efectiva y otra imaginada? Hasta allí el MIR había estado fustigando al reformismo por embarcar al pueblo desarmado en un programa de cambios que podía ser contestado con un golpe de Estado por una clase dominante sanguinaria que no le perdonaría ese error fatídico. Es ingrato verificar que a la hora undécima, la de la verdad, la IR, que hablaba místicamente de aceptar resueltamente la guerra inminente con el bloque burgués no tuvo tampoco gran cosa que mostrar. El planteamiento formulado en el Caupolicán en el invierno de 1973 apuntaba claramente a forzar la táctica de “profundizar y ampliar la contraofensiva popular y revolucionaria en curso” por sobre los “vacilantes” y el “reformismo recalcitrante” (pp. 119 y 121). Lo realmente inverosímil vino a continuación. Junto con lanzar este llamado nacional a montar una ofensiva popular y de “preparación para los nuevos enfrentamientos” (por lo cual la gran junta del Caupolicán se constituía en “un acto de combate” [p. 111]), el propio Enríquez y la conducción militar del MIR daban la orden confidencial de replegar todo su pequeño dispositivo bélico, entendiendo que no había ninguna posibilidad de lanzar una ofensiva revolucionaria. Nuevamente un antiguo secretario general del partido, esta vez Andrés Pascal Allende, saca a flote la verdad.

A partir de julio, anota en sus reflexiones, en una nueva carrera contra el tiempo, procuramos intensificar la preparación de condiciones para un repliegue de las direcciones del MIR y de nuestra limitada fuerza militar hacia zonas rurales. Nos dimos cuenta que ya no habían condiciones para una contraofensiva revolucionaria, aunque sin abandonar la idea de acompañar a los sectores de masas más radicalizados en una resistencia urbana inicial para luego replegarnos con mayor fuerza y legitimidad... Nosotros no alcanzábamos a

reunir más de doscientas armas de guerra, por lo que dependíamos de lo que pudiéramos obtener de las FF.AA. y los grupos de seguridad del gobierno<sup>7</sup>.

Un movimiento revolucionario casi desarmado y en retirada a la espera de los fusiles fantasmagóricos que le pueda proveer la principal rama represiva del estado capitalista. Sin comentarios.

El balance técnicamente confuso, revelador de fuertes deficiencias formativas en nociones de estado mayor, vuelve a asomar en el largo informe que la comisión política del MIR emitió un trimestre después del levantamiento militar<sup>8</sup>. Pese a haber dispuesto dos meses antes el retroceso general, activado el golpe de Estado, “cerca del mediodía, dice la comisión, ordenamos la implementación de una ofensiva general”. Sin embargo, confiesa, “cuando preparábamos el plan de resistencia con el PS fuimos rodeados, rompiendo el cerco después de varias horas. Al atardecer ordenamos el repliegue”. En resumidas cuentas, el alto mando del Movimiento dictaminaba un contraataque general para enseguida entregarse a debatir con sus aliados el modo de preparar una mera “resistencia”, que es completamente inversa al asalto activo. Por un momento, la dirección del MIR optaba por la contraofensiva pero tácticamente asumía la defensiva rígida (“resistir”> aguantar>congelarse posicionalmente). Ese contrasentido extraño, un adversario móvil (FF.AA.) que sostiene y nunca pierde la iniciativa, y fuerzas irregulares en disposición estática, las cuales ignoran, además, que están siendo envueltas por el dispositivo asesino de “doble cerco” diseñado por el ejército (i.e. quedan constreñidas por un anillo interno y otro exterior muy elástico) decidió la cuestión antes de la aparición de las estrellas vespertinas.

La *blitzkrieg* militar, bien orientada por los centros conjuntos de inteligencia, destruyó casi por entero al partido en muy pocos días. Enríquez y la comisión política de la tienda revolucionaria, nos recuerda J. Pinto en su notable semblanza del periodo de resistencia mirista extendido entre 1973 y 1981, dijeron después que ella libró con pocas mermas de la maniobra de cerco y aniquilación lanzada por las FF.AA. en septiembre<sup>9</sup>. No había sido desarticulada ni aplastada, “salvo en escasas comunas del país”. La verdad, que es impertinente, no tardó en exteriorizarse. Hecho el catastro, la misma comisión política terminó por confesarla. “La derrota, admitió, deshizo nuestras comunicaciones y líneas de dirección y **desarticuló casi totalmente al partido** y en algunas zonas fuimos totalmente destruidos”. El detrimento en gente, tejido orgánico y conexiones partidarias fue ingente. “El MIR perdió estos días muchos cuadros y militantes y en sectores importantes fueron

<sup>7</sup> Andrés Pascal Allende, *El MIR chileno. Una experiencia revolucionario*, edición digital del Centro Documental Blest basada en la versión impresa por Cucaña, en Rosario (Arg.) en 2003; s.n.p. A esa altura se había desvanecido la fe de Enríquez en la solidez del sector anti-golpista de las FF.AA. “El problema, admite Pascal, fue que en agosto nos dimos cuenta que la desmoralización y persecución de los oficiales y suboficiales antigolpistas al interior de las FF.AA. era tanta, que no podríamos contar con ellos para obtener armas”.

<sup>8</sup> Comisión política del MIR, “La táctica política del MIR en el actual periodo, diciembre, 1973”, *Correo de la resistencia*, núm. 1 [suplemento especial], La Habana, 1974, 5ª.

<sup>9</sup> Julio Pinto, ¿Y la historia les dio la razón? El MIR en dictadura, 1973-1981, en Varios, *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981)*, Santiago, LOM, 2006, 154.



destruidos nuestra organización y nuestros vínculos con el movimiento de masas”, concluye la comisión<sup>10</sup>.

Goicovic repara acertadamente en que la dirección del MIR se empeñó en acotar la derrota septembrina, imputándola exclusivamente al reformismo y no a la vanguardia revolucionaria. Un patente error de diagnóstico que el historiador de la USACH consigue desvirtuar en un nuevo prodigio de síntesis. Cuatro capítulos bien concebidos (V al VIII) compendian 40 años de vicisitudes y reveses: el hundimiento de la guerra irregular, las nuevas condiciones políticas y sociológicas generadas por la dictadura, propicias a la desmovilización, al ensimismamiento individual y a la economía ultraliberal –excelentemente caracterizados en el libro (pp. 55-59)–, y el proceso de desgaste, implosión y desmembramiento de la organización insurgente (reducida a tres fracciones antagónicas en 1988). Sin duda, lo sustantivo se aloja allí.

Algunas hebras, empero, han quedado fuera del resumen. Una de ellas es la participación que le cupo a la guerra de zapa inducida por la inteligencia enemiga a través de la delación, los dobles agentes y la subsecuente anomia organizacional. Exagerar este factor es tan discutible como desestimarlo. El implante de “topos” y soplones en las secciones territoriales y conspirativas del MIR por la contrainteligencia nacional y extranjera tuvo el mismo efecto mortecino que entre Tupamaros, Montoneros, “rodriguistas” y muchas otras formaciones armadas. La CIA estadounidense logró injertar delatores en el Movimiento al menos desde 1970, y para 1978 conocía por anticipado hasta las localidades rurales en las cuales planificaba levantar frentes guerrilleros. El flujo de datos consideraba los aportes de *Humberto*, uno de los funcionarios cubanos a cargo de aspectos sensibles de la *operación k* (Retorno)<sup>11</sup>. Los propios *centros conjuntos* de inteligencia del ejército chileno habían hecho el relevamiento nacional del placarte reservado del partido antes del golpe<sup>12</sup>. Augusto Pinochet se movía con la confianza necesaria cuando hacia el 24 de agosto de 1973, un día después de asumir la comandancia en jefe del ejército, notificó a los contactos de la estación local de la CIA que su arma estaba terminando de afinar el programa confidencial

<sup>10</sup> Comisión política del MIR, “El desempeño táctico y la situación actual del MIR”, Cap. III, mayo de 1975; publicado en *Dos años en la lucha de la resistencia del pueblo chileno (1973-1975)*, Madrid, Cero, 1975, 4. B. 1. Reedición digital del Centro Documental Blest. Ciertas fuentes internas calculan en hasta un 40% el rango de afectación del Movimiento en septiembre de 1973. Que la propia comisión política diga sin embargo que se desarticuló *casi totalmente al partido* supone, en una estimación conservadora, a lo menos cuatro quintas partes de éste.

<sup>11</sup> Memorándum de conversación con Roberto Moreno, componente de la comisión política del MIR, “La resistencia a la dictadura y la operación retorno”, Santiago, 20.11. 1990. Un memo de la CIA, fechado el 11.07.1978 (Foia.gov), advirtió sobre el plan mirista de asentar escuadras guerrilleras en la región valdiviana, el que se inició en 1980. La información de la agencia decía que ello ocurriría a fines de 1978. Acaso el proyecto se retrasó, pero Langley tenía perfectamente claras las líneas centrales de la iniciativa insurgente, aun de las peripecias ocurridas en los campos de entrenamiento situados en Cuba.

<sup>12</sup> Criptogramas de los centros conjuntos del ejército y otras ramas concernientes a las estructuras políticas, de seguridad y autodefensa del MIR, PC y PS previos a septiembre de 1973, recuperados y archivados por Agencia EFE y parcialmente difundidos por ésta en 2013.

dirigido a “aniquilar al MIR”<sup>13</sup>. La mañana misma del 11 de septiembre empezó a aplicarse ese diseño a través de la captura de enclaves de comando y comunicaciones cruciales para la organización, neta obra de contrainteligencia<sup>14</sup>. La alta performance obtenida por las FF.AA. ese día y en los inmediatos sobre las estructuras y milicias de la colectividad, dislocada “casi totalmente” según ésta, únicamente puede entenderse por la disposición de una información ancha y depurada. Después, el reclutamiento de agentes oficiosos entre la militancia mirista completó el círculo fatídico. El terror a la delación interna había llegado a paralizar para 1982 a los cuadros urbanos comprometidos en la “operación retorno”<sup>15</sup>.

La tragedia es, casi siempre, consorte de la epopeya. Homero lo sabía.

EDUARDO TÉLLEZ LÚGARO  
Universidad Bernardo O’Higgins

<sup>13</sup> USA, Department of State/Foia.Gov/Directorate of operations CIA/ Information report, 24. 08. 1973, f. 4.

<sup>14</sup> Memorándum de conversación con Roberto Moreno, Santiago, 20.11. 1990.

<sup>15</sup> Enérico García, *Todos los días de la vida, recuerdos de un militante del MIR chileno*, Santiago, Cuarto Propio, 2010.